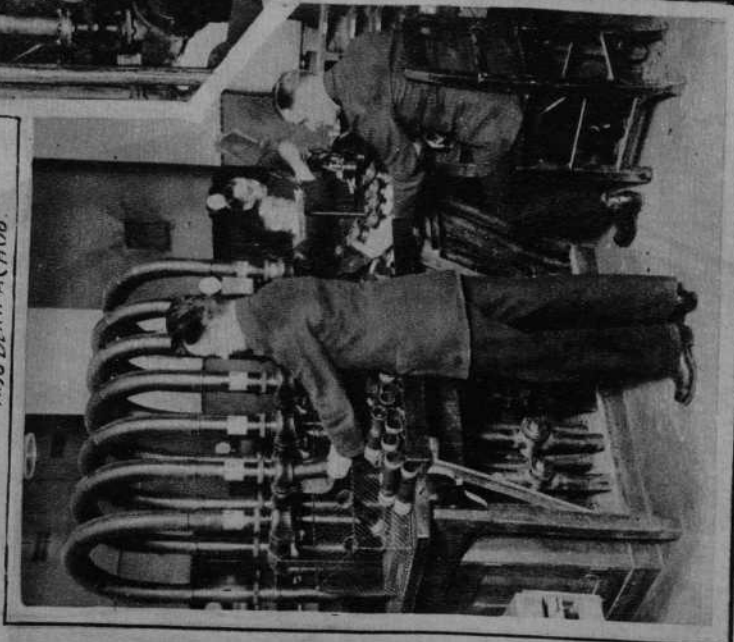




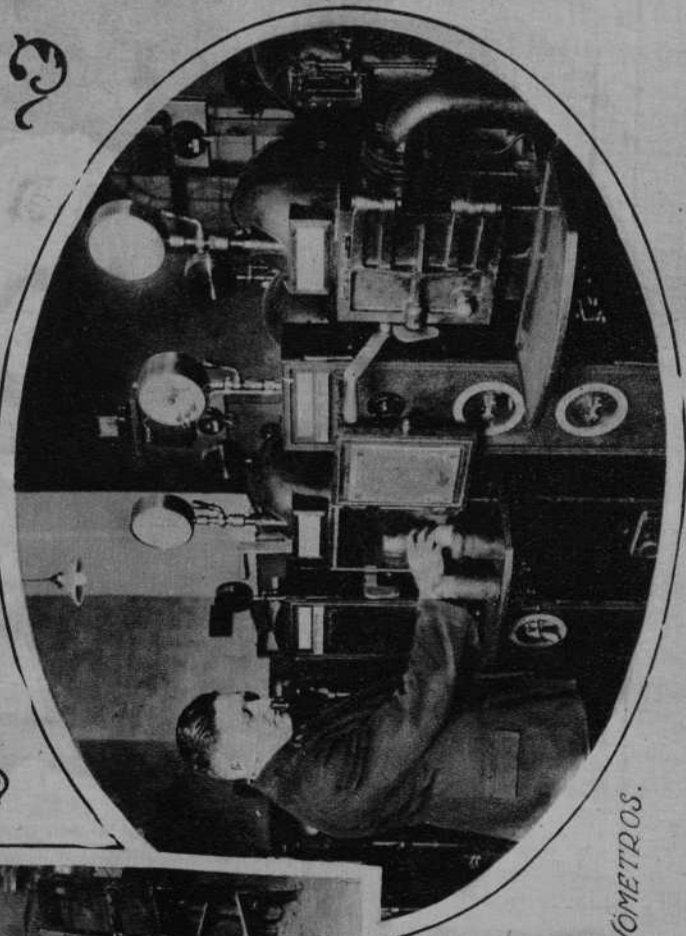
EL CORREO NEUMÁTICO, IM-
PLANTADO EN LAS GRANDES
CAPITALES, SUPONE INSTA-
LACIONES COSTOSÍSIMAS, ~
PRODIGIO DE LA INGENIERÍA
MODERNA. ~ BERLÍN TIENE
MONTADO ESTE SERVICIO ~
EN CONDICIONES NO SUPERA-
DAS.

UNA SALA DE APARATOS EMISORES.

DOS TUBERÍAS, POR LAS QUE,
A VELOCIDADES ENORMES, SA-
LEN LOS CONOS QUE LLEVAN
LOS DESPACHOS.



LA PARTIDA DE LOS DESPACHOS.

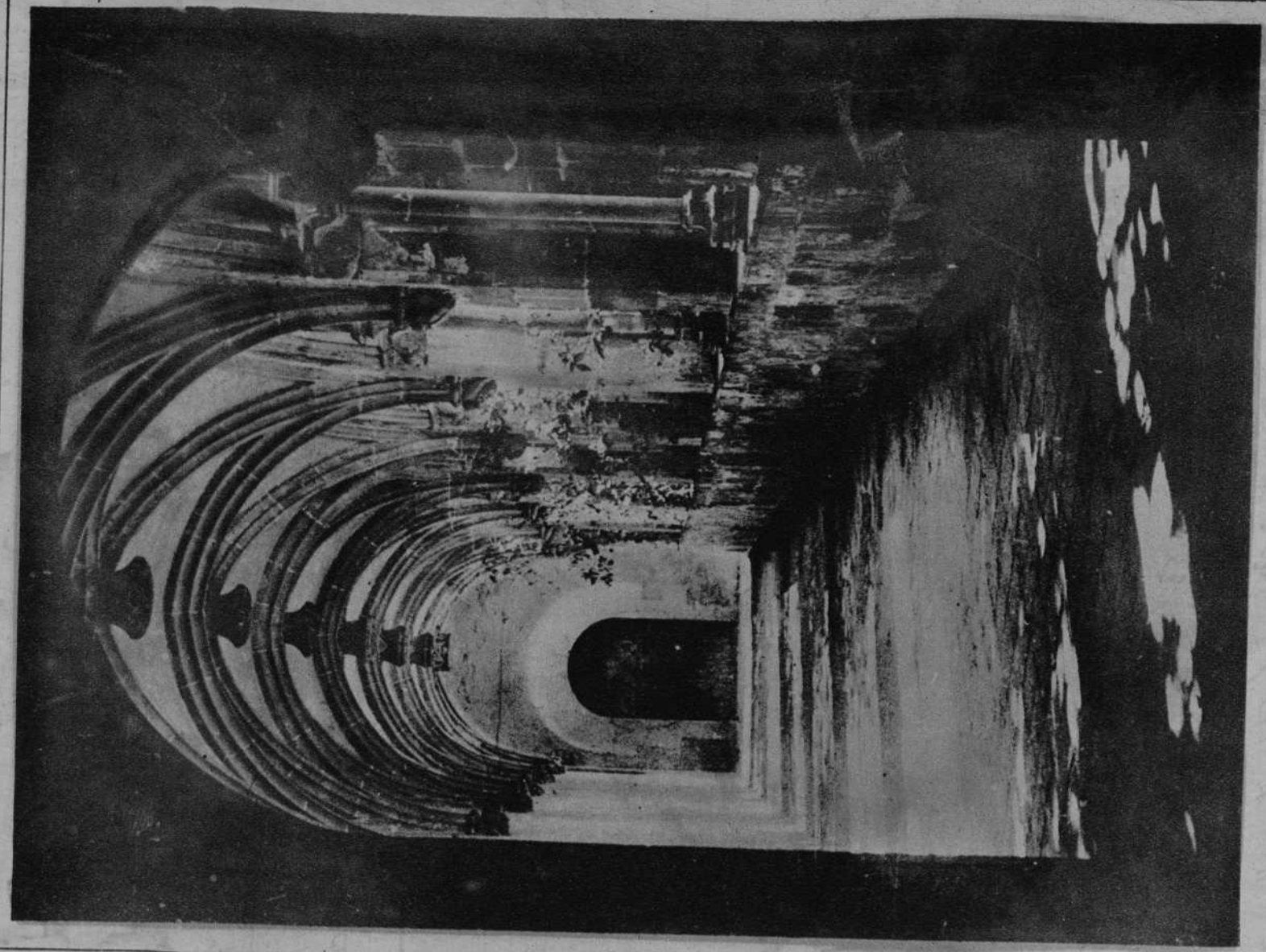


LOS MANÓMETROS.

PAGINAS
EXTRAORDINARIAS
DE
El Día Gráfico

NUM
104

ABRIL
8
1928



El bello claustro de San Geró-
nimo de la Murtra. Foto Amat.

Es el huevo de Pascua, tradición-
nal en todo el orbe católico.
El arte y el buen gusto harán
un regalo costoso, prodigo en
sorpresas y portador de ale-
gría.



Un buen regalo
de Pascua.

Un huevo con sorpresa.



Un chiquillo satisfecho.

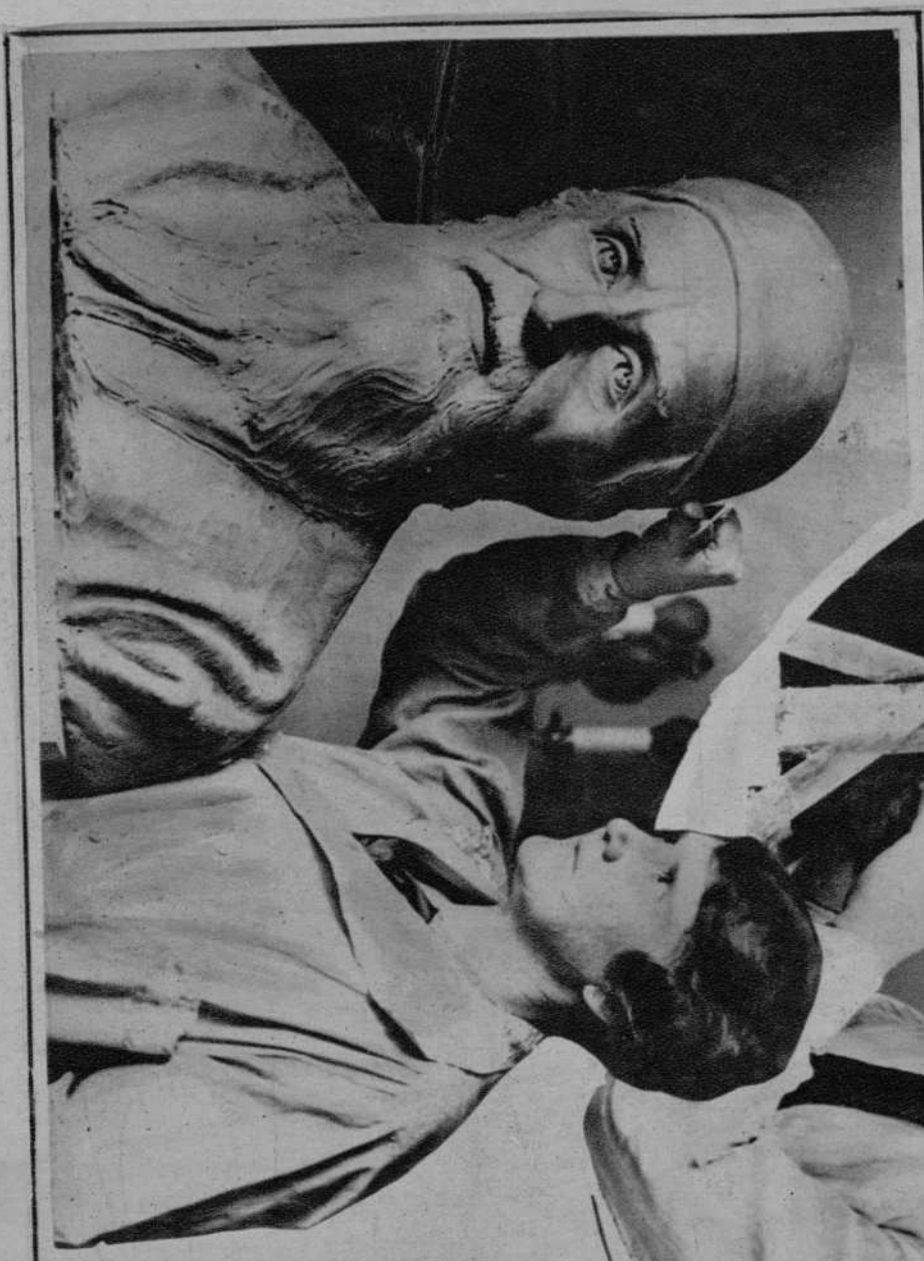
Foto: Vidal.

¡Ha llegado
Pascua!

Los grandes escultores
modernos, sin abando-
nar la senda clásica im-
primen a sus creaciones
modalidades novísimas.
Demostración de ello
son los ejemplos que
reproducimos.

Una origi-
nal concepción
de
Flex Ingram.

Maurice Lambert
esculpiendo un Romeo.



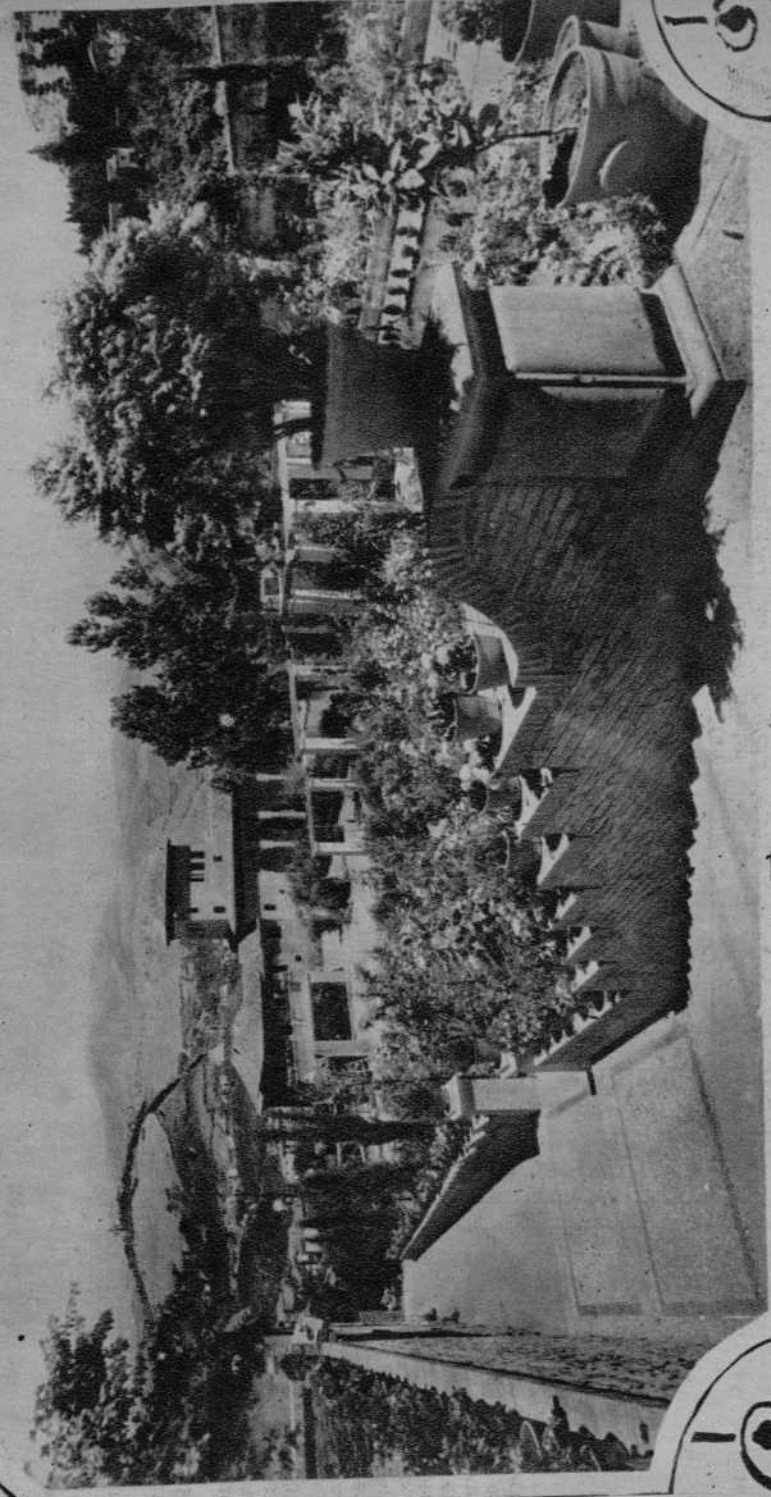
"El Profeta," obra
maestra de
Anna Coloman.

Foto: Keystone.

POCOS SON LOS QUE, AL VISITAR
LA ALHAMBRA, DE GRANADA, SA-
BEN VER, ABSORTOS ANTE TANTA
BELLEZA, EL PEREGRINO ENCANTO
DE SUS JARDINES.



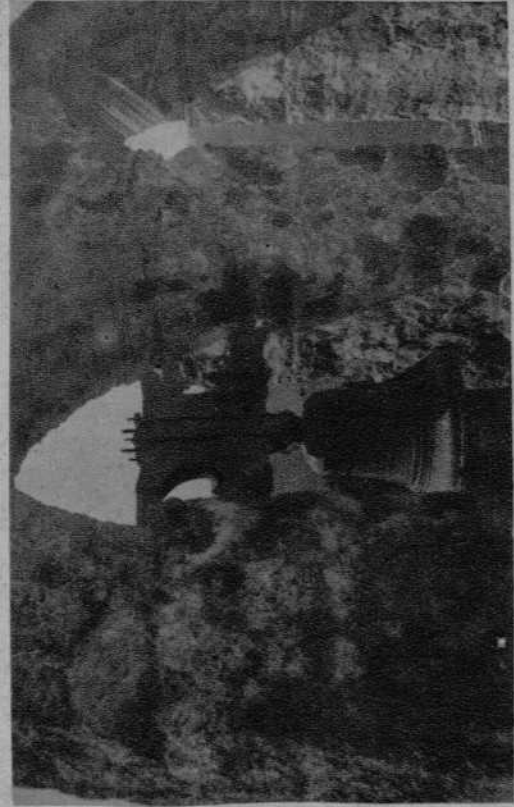
Vista desde San Nicolas.



El jardine.

— 30 —

El Castillo de Arampruny, conser-
va, de otros dias en que se akaba al-
tivo y dominador, unos paredones
que el tiempo destruye, y una capilla,
modesta y pobre, visitada solo por ex-
curcionistas.



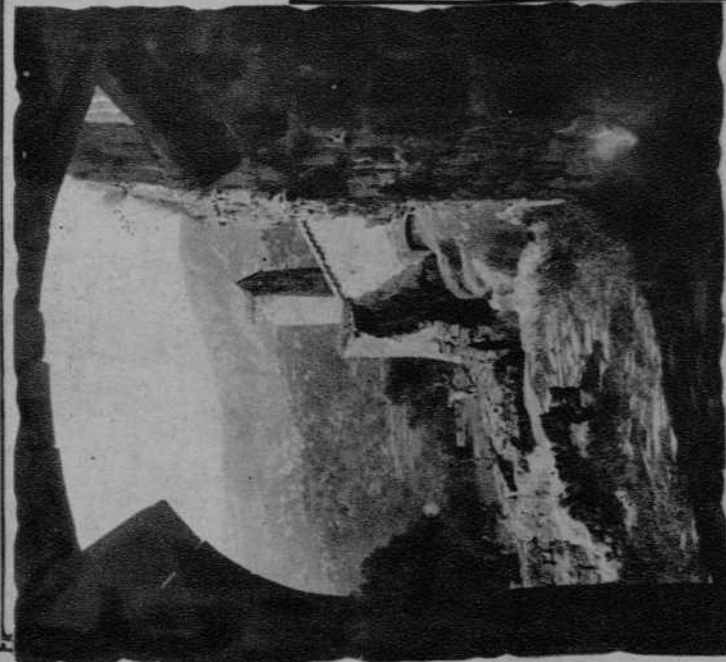
La campana de San Miguel



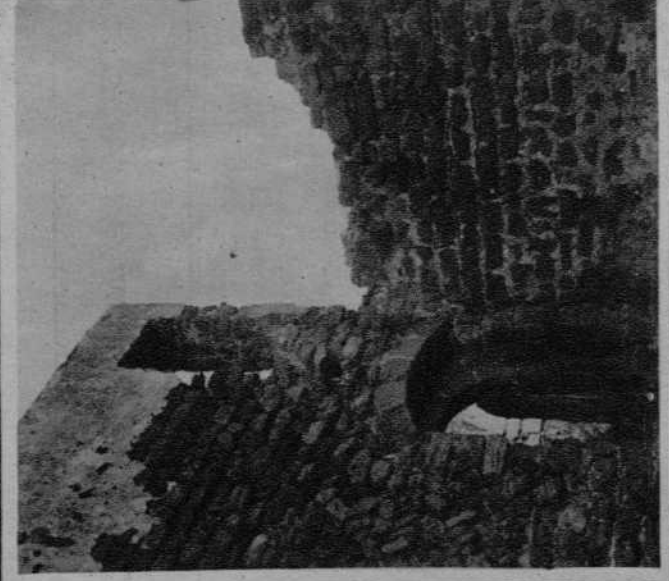
*La puerta de entrada
al castillo.*

Un detalle de la construction.

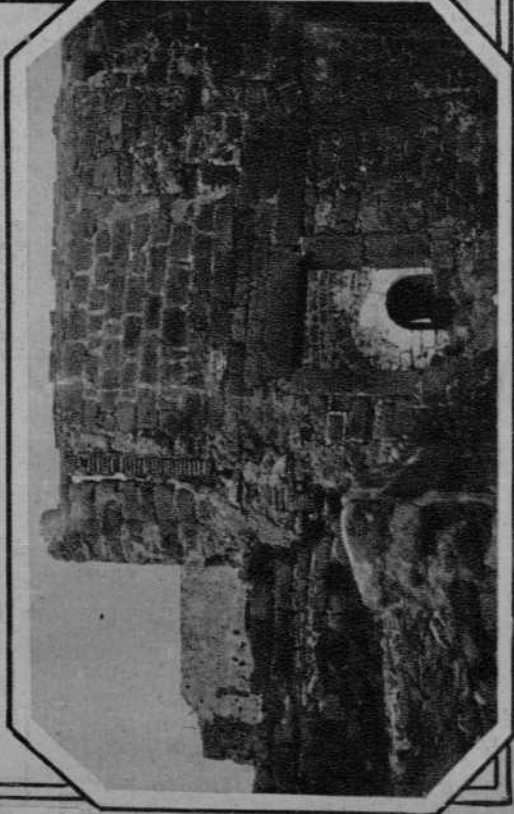
(Foto Comella)



La vieja ermita.



Interior del edificio.



— 31 —

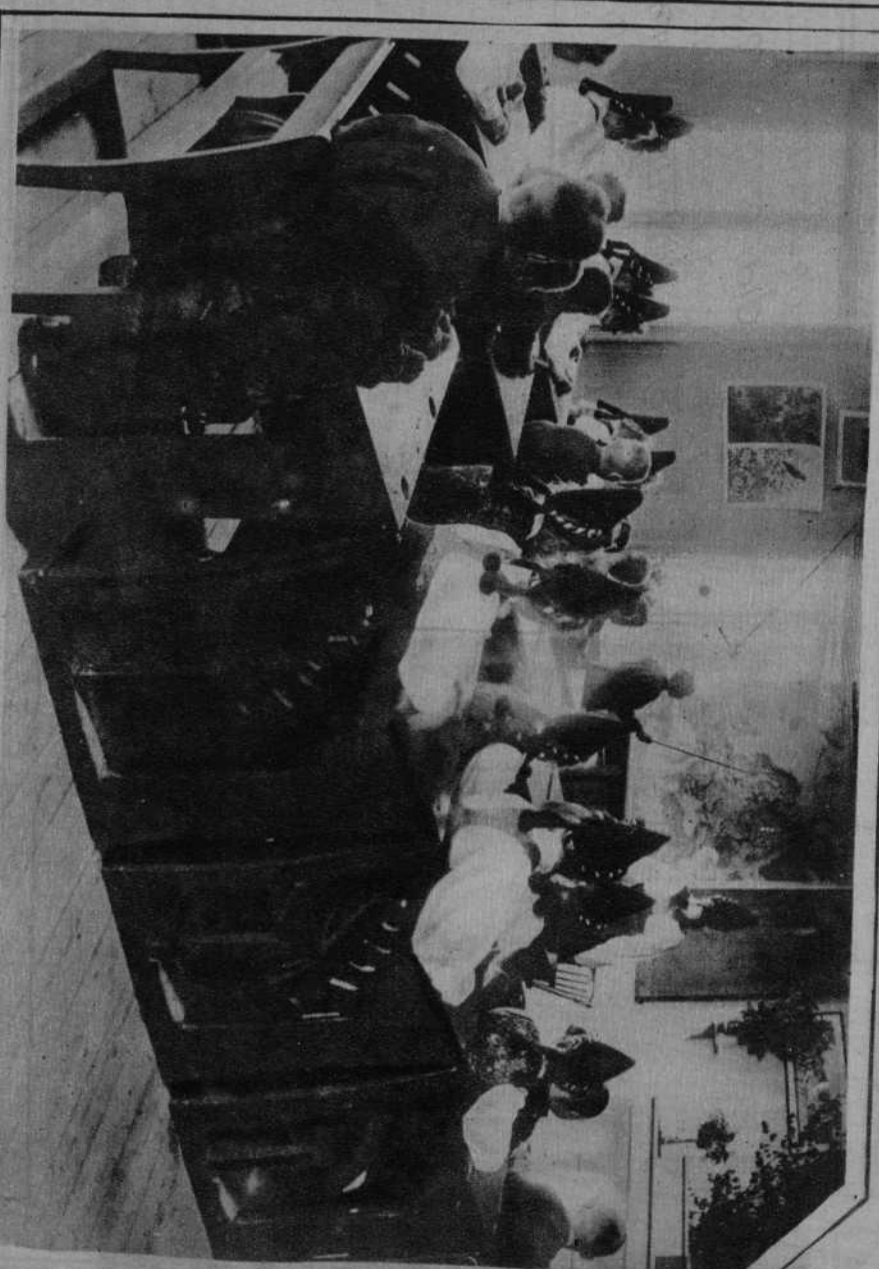
COMO SE EDUCA A LA INFANCIA



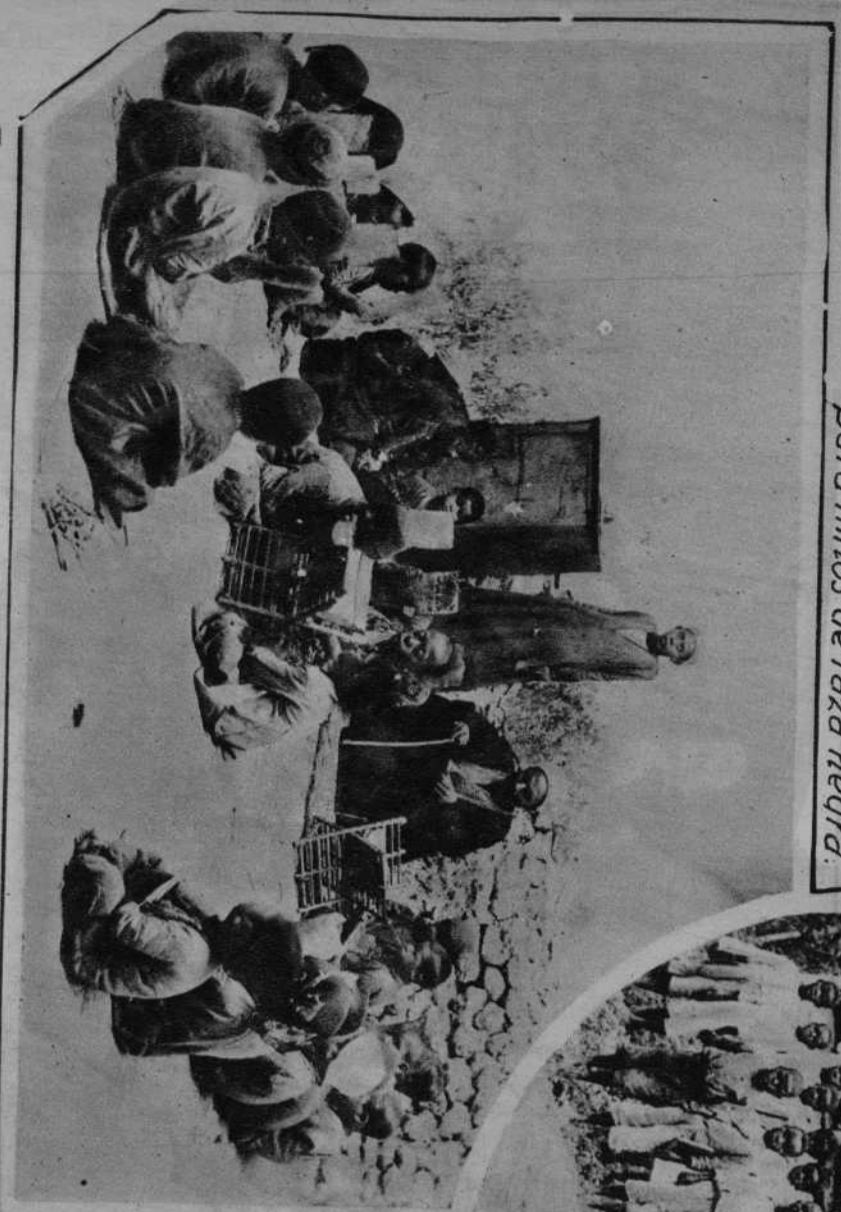
*Una escuela musulmana muy concurrida
Un colegio en Jamaica
Para niños de raza negra.*



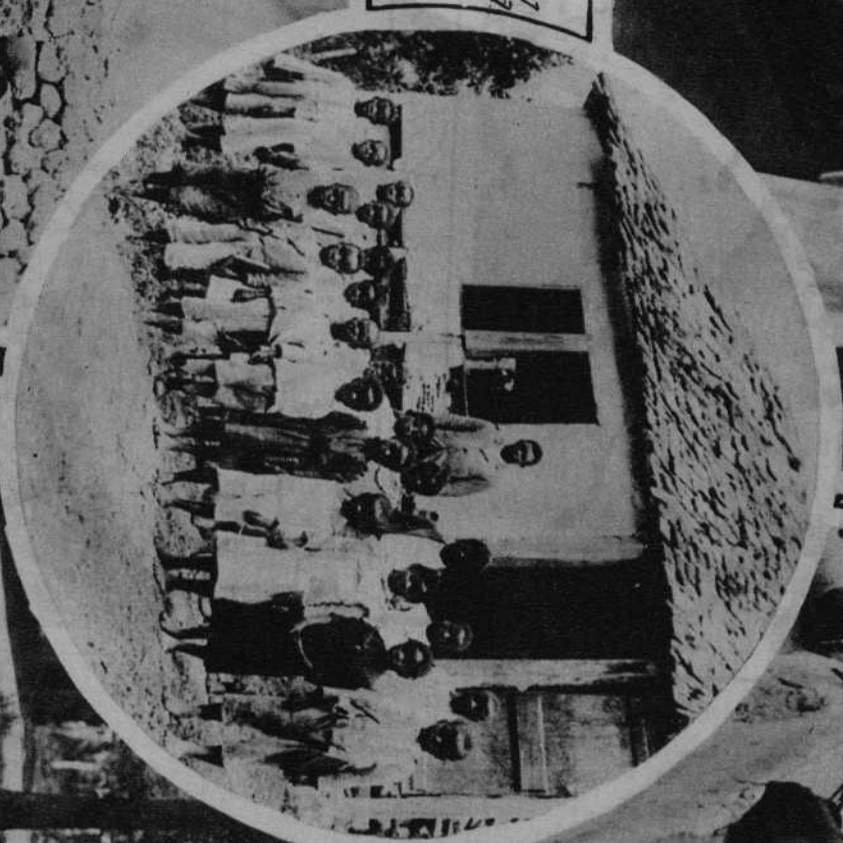
*Un maestro
persa y una
escuela poco
comoda.*



Las niñas delectarlanas, precursoras del uso del gorro escolar.



Escuela árabe en Palestina que no gasta mucho en menaje.



*Tres niñas en Egipto, dirigiéndose a la escuela.
Los niños de Holanda, acudiendo al colegio por vía fluvial.*

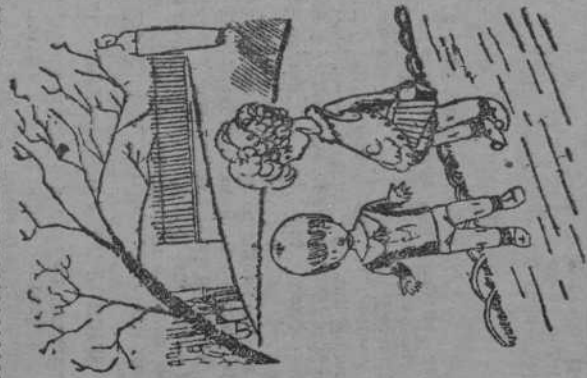
PAGINAS INFANTILES

CUENTO

EL ALFILER

En el siglo XV vivía en Florencia un pescador llamado Orbiello, que tenía un hijo llamado Giovanni. Muy habil en su oficio de pescador, Orbiello tenía una buena parroquia a quien surtía de lo que pescaba y le aseguraban con ello el sustento y un cómodo bienestar. Pero como lo bueno dura poco y en este mundo todo se acaba, sucedió a nuestro pescador, que salió un día con mal tiempo y en alta mar le sorprendió una formidable tormenta, tanto que, a pesar de lo que luchó por volverse a tierra, no consiguió sino extenuarse más y más de tanto esfuerzo.

Sucedió lo que era de esperar, las olas se tragaron la ligera embarcación y con ella fue arrastrado Orbiello, dejando su-



—Yo tengo diez dedos. ¿Y tú?
—¿Yo? Tengo las manos llenas.

mida en amargo dolor a la vida y su hijo. Este se dio pronto cuenta de la situación en que se quedaban y pronto se dedicó a pescar también para vender y sacar un jornal con que atender a las necesidades de él y de su madre, pero ésta no pudo resistir por mucho tiempo la pena, y fué a reunirse con su esposo al mes de ocurrida la desgracia.

Salto de aquella casa en la que tan tristes recuerdos tenía, contando sólo doce años de edad Giovanni. Solamente cogió un alfiler que había pertenecido a su madre y pensaba guardarlo como recuerdo. Se sentó a descansar en medio de un campo, al poco rato sintió un ruido; alguien se acercaba; pero como estaba medio oculto por unos juncos, se puso de pie para ver y vio a una niña, poco más o menos, de su edad, elegantemente vestida, seguida de una corte de criados. La niña retrocedió asustada al verle tan de improviso, el brusco movimiento de retroceso la hizo perder el equilibrio, cayendo en un zarzal, del que por no pincharse quiso separarse con ligereza, rasgando el fino vestido, por lo que ella mostraba gran pesar, el niño al verla tan disgustada, se acercó con respeto, deseando remediar en parte el

LAS VACACIONES



—Mira, Manolín, este frasco te durará hasta las vacaciones.



—¿Sí? ¡Pues me lo beberé de un trago!

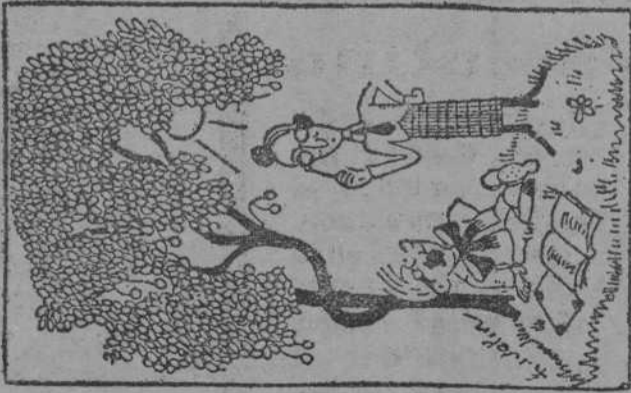
daño, puesto que por culpa de él había sido y dijo:

—Lamento enormemente haberla asustado y le ruego admita este alfiler para sustituir el rascón, pidiéndola sólo el favor de que me lo devuelva, pues es el solo recuerdo que de mi madre tengo.

Estas palabras impresionaron agradablemente a la niña y tomando el alfiler para colocárselo de la mejor manera posible, replicó:

—Toma este anillo como prenda para obtener entrada en el palacio de mi padre Gran Duque de Florencia y puedes ir cuando gustes a recoger tu alfiler.

Con un precioso movimiento se alejó para reunirse a los criados que llegaban a su encuentro, dejando a Giovanni perplejo y pensativo. Pensativo, sí, porque la cosa no era para menos. ¿Cómo se presentaría él en



—Oye, Baby, ¿quieres aprender a escribir? —le dice su tía.
—¡Oh, tía!, no vale la pena, papá me va a comprar una máquina de escribir.

aqueel palacio? le daría mucha vergüenza y no sabría ni saludar; decididamente no iría, pero por otro lado tenía aquella sortija, y además no quería perder el alfiler de su querida madre, era necesario ir aunque con el anillo obtuvo entrada en el palacio como la niña le había dicho, le pasaron a

—Pero qué «esombrones» son ustedes. Para luego pasar la tarde rabiando viendo a estos caballeros errar piezas—refunfuñó la de Abatales contrariadísima.

—Ya le contará el Truhán la historia de la cortijera de los Berchules. El si que la sabe bien—apuntó la mala lengua del notario, la peor del contorno donde las había malas.

—Pero... ¿es que es él?
—¡Pues, claro está!
—Cuidado que soy tonta...
—Angelical...—arguyó irónico y grante don Juan de la Cruz.

LA NOCHE

Una nota de sol que había en un pizacho y que parecía la llama de un incienso cirió encendido en el altar de la noche que avanza, se apagó. Por las vertientes van acudiendo los perros al conjuro de la cuerna de Novaliche.

Han llegado ya, el Seguro, el Barbero, el Leal, el Carbonero, el Palomo, el Olivero, el Capitán. Un momento ha ladrado el Jazmín y poco después se movió mastín. Van llegando jadeantes, con los ojos como brasa, excitados. Unos cojean, otros llevan asquerosas desolladuras en la piel. El León tiene una costra sanguinolenta en un anca y un listón de sangre coagulada le llega a un garrón.

A contraluz de un cielo pálido, ha aparecido el Truhán a caballo. Lleva una mano en el muslo. El jaco, cansado, marcha con la cabeza baja y el pelo. El jinete, a media voz, canta un polo arkaluz:

Contrabandista valiente,
qué tienes que tanto lloras...

—Dios guarde al galán!—el perrero ha cortado la copla del Truhán como se corta una flor de un navajazo.

—¡Hola, Novaliche! recogistes ya er ganao?
—Me fartaba el más perro de toos—contestó, agresivo.

No se da por aludido el de arriba, aunque bien adentro le llega la provocación.

—Gueno, a la paz e Dió—y arrima la espuela suavemente al hijar.

—Aguarda, home, aguarda y no seas tan supito, que he de gastate una groñita—y diciendo, echa mano a la rienda del jaco que al sentir la serrereta en el morro se engalla y recula.

—Vamos, déjate de romances y stel ta la rienda.

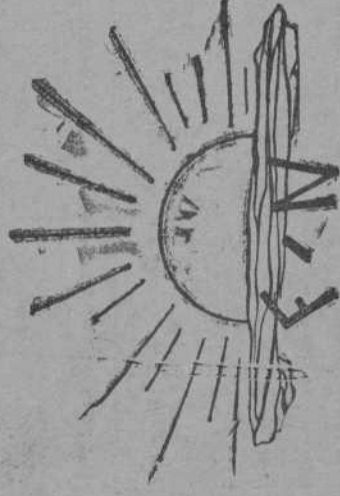
—Baja del cabayo, baja del cabayo, pinturero, que tú y yo hemos de ajustar una cuerita.

Demasiado conoce el Truhán al perrero. Viendo aquel nublado que se le venía encima, trató de desviarlo con la punta de la navaja. En el retaco no hay ni que pensarlo: lo lleva amarrado con dos o tres vueltas al arzón trasero de la silla. Hubiera sido un golpe en falso. Disimuladamente toca con el codo el arma. Allí está, en el bolsillo interior del marsellés, entrocada con el mortifero aguijón metido en el vientre, trágica, silenciosa...

—Bueno, hombre. Allí voy—y al deslizarse pausadamente, aprovecha rápido el momento de estar de espaldas. Al volverse tiene empalmado el acero y sonríe.

—¡Ah, madrugao!—escupió Novaliche y conq un gato da un salto atrás, echándose frápídamente el retaco a la cara.

Se ve un relámpago cegador y luego oscura, que hay alrededor del perrero



se oye un trueno que repercute de monte a monte. Agáchase ligero como un rayo, el vaquero. Agarrados ya ruedan por el suelo. Con los pies arañan la tierra. Es una lucha infernal. La Naturaleza los mira, impassible, como terrible deidad.

Un momento el brazo armado del Truhán está suspendido en el aire por la garra de acero de Novaliche que ha logrado sacar su cuchillo... Los perros excitados por el disparo dan vueltas alrededor de los combatientes. Es aquello un amasijo... resuellan, jadean, se harán herido más de una vez. No se acaba nunca.

Una fierra se despegó de la otra. En la estatua aventajada se conoce al vaquero. Ha dado dos o tres traspies y se ha dirigido hasta el caballo, tambaleándose, y ha intentado, sin conseguirlo, meter el pie en el estribo. Ha tirado de la brida a un ribazo y ha subido arrastrándose sobre el pecho. Ha logrado sentarse en la silla y agarrarse al borén.

En tierra Novaliche pateaba como un enorme sapo medio aplastado. Se ha vuelto contra el suelo, apretándose el vientre con las manos, por donde siente se le escapa la vida. El caballo ha entendido un galope desenfrenado, Novaliche ha hecho un esfuerzo y ha cogido la cuerna. De ella ha salido un sonido mitad estertor, mitad bárbaro toque de muerte. Ha azuzado a los perros con un macabro aullido y han salido, feroces, detrás del golpear de las herraduras del caballo que se oye a lo lejos.

Un perro rezagado se acerca a Novaliche y llora lamendo una mancha oscura, que hay alrededor del perrero

LOS QUE FUERON ILUSTRES VISITANTES DE NUESTRA CIUDAD

SARA BERNHARDT

Dijo Maritana de Cavia desde «El Libre...» refiriéndose a esta gran actriz en ocación de una de sus visitas a España: «Tiene la cara larga, el pecho estrecho, mejillas hundidas, brazos angulosos; cubren su frente rizos negros, un dia, como el azabache, y hoy rubios como el de las damas venecianas; sus labios, finamente perfilados, resaltan leñidos de carmin, sobre la palidez mortal de sus mejillas cubiertas de polvos de arroz. Sus ojos no son grandes y de color indefinible... Parecen a veces los de una gata iluminados por un rayo de sol. Tan pronto aparecen vivos fulgores en los momentos de pasión, como aparecen grises como el plomo y fríos como el acero».

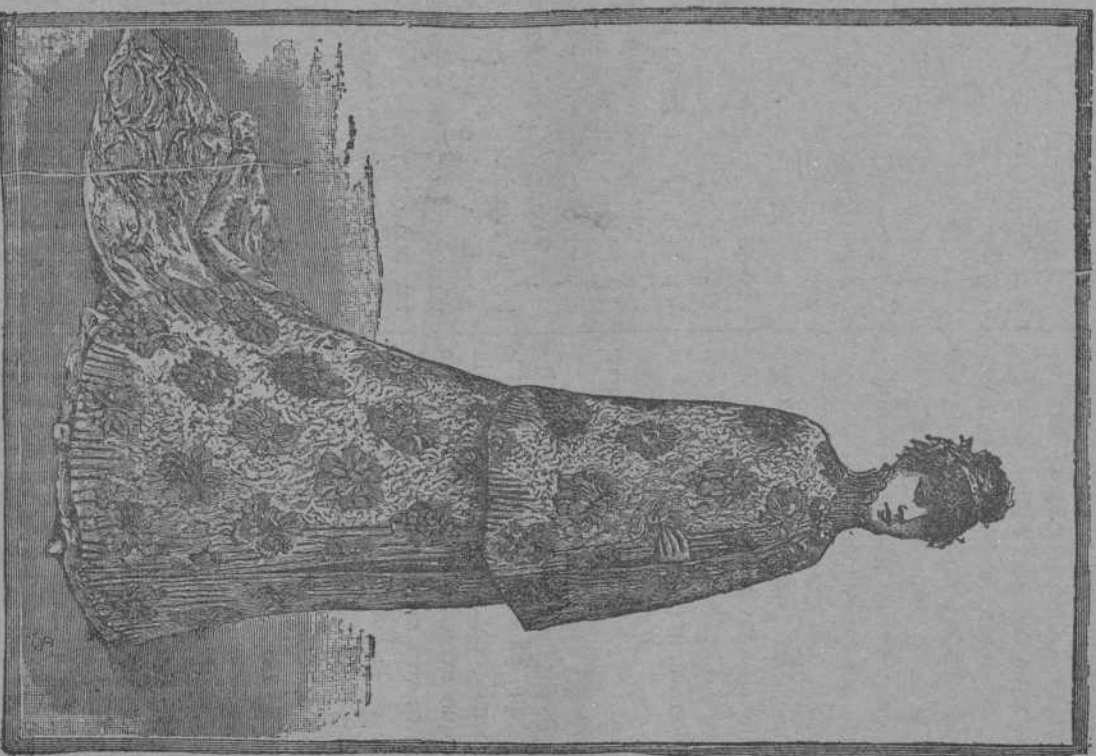
La extremada delgadez de Sara Bernhardt en sus comienzos, dió origen a una serie de anecdotas cómicas, hijas de la fina ironía francesa, que no deja de aprovechar la menor ocasión para dar paso a su alegre humor.

Dícese que Alejandro Dumas, hijo, recordando una Exposición, se paró ante un retrato de Sara, en el que vestida de blanco, tenía a sus pies un soberbio perro Terranova.

«Vaya un asunto extravagante», exclamó. Y al notar la mirada de extrañeza de sus amigos, añadió: «¿Que no lo veis? Un perro guardando un hueso».

En un periódico parisien apareció este gracioso chiste: «Todo el mundo creyó ayer a la ilustre actriz en estado interesante, tal era el cambio de líneas que se notaba en su figura.

Afortunadamente, el empresario desvaneció el equívoco. Pueden ustedes estar tranquilos; es que antes de venir al teatro se ha tomado una pildora».



Al entrar en el Conservatorio era una niña delgada, anémica y con un poco más pierde los ejercicios de ingreso. Afortunadamente, recitando una fábula de Lafontaine, despertó el interés del jurado, siendo admitida. Fué desgracia de Sanson y Prevost, en el puesto en la Compañía de Comedia Francesa (1862).

Su familia era de origen judío, pero católica. Pasó sus años de colegiala en el convento de Grand Camp, en Versailles, donde efectuó su primera representación en las típicas comedias que se representaban en el teatro de la santa casa, delante de Monsieur Labour, arzobispo de París. Las monjas decían de ella: «Será una santa o píedra de escándalo».

En el Teatro de la «Comedia Francesa» presentase por primera vez desampañando el papel de Ifigenia, mas apenas llamó la atención. Poco después abandonó aquella escena por la del Teatro del Gimnasio, que pisó pocas veces, y no con mejor éxito.

De improviso desapareció, y pasado algún tiempo, ya de vuelta a París, no encontró teatro que le abriera sus puertas, hasta que a fuerza de constancia, consiguió ser admitida en el Teatro de la Porte-Saint-Martin, más tarde, protegida por Camille Doucet y con la ayuda de M. Duquesnel, fué contratada en el Teatro Odéon (1867) siendo la primera vez que el público fizo de su atención en ella, en ocasión que hubo de desempeñar un papel en «Atala», pero donde su fama empieza a cimentarse es cuando Victor Hugo le encargó el papel de la reina María, en su obra «Ray Blaes».

Su interpretación fué un triunfo, los de la Comedia Francesa, que sin reparo, la habían dejado marchar, le ofrecieron un lugar eminente en su Compañía, en noviembre de 1872. En dicho teatro desplegó de

FUENDEUDOS-BURDEOS

La vida de Francisco Goya es un significativo «raid» de Francisco Burdeos. En sus pasajes: Zaragoza y Madrid. (Desde aquella casaca, número 15 de la calle de la Alfranca en Fuendetodos, donde un 30 de marzo de 1746 vino el gran basturro a este mundo de sus triunfos, hasta el número 39 de la Rue de l'Intendance, de Burdeos, donde en 16 de abril de 1828 ascendió a la auténtica inmortalidad, pasando por la Quinta del Pardo, de los alrededores de Madrid, y su casona zaragozana. Y decimos que este «raid» es significativo—la primera y última etapa, sobre todo—, porque en Francisco de Goya—en el arte y en el espíritu—hay dos partes: la ibérica, la cataluña, la racial (símbolo: Fuendetodos) y la europea, la volterriana, la moderna (símbolo: Burdeos). En cuanto a las etapas: Zaragoza, fué el espaldarazo de majismo; Madrid, el cortésimo antitraz de quita y pon.

SANGRE AZUL

Francisco Goya era sobre todo, por encima de todo, pueblo. Pueblo, en ese amor plebeyo de luces y colores, pueblo, en ese sentido de caridad hacia las multitudes de peregrinadas, pueblo, en ese encandilarse de ojos ante las magnificencias correasas.

Pero cuando se encendió en su alma noble, el deseo de penetrar en la vida palaciega, amable y cortonificada, hubo, Francisco Goya, de justificar humpica y nobleza de aboengo. Buscando, buscando, desespejó de hallar claros bisposes nobilitados en el apellido paterno; pero se los brindó lucientes, el apellido de la madre que hacia correr por las venas de Francisco Goya una gota de sangre azul, las suficientes. He aquí, pues, a Goya, Hidalgo, capaz de recibir la real merced, por obra y virtud de su madre—la madre que algunos llaman Gracia, pero a quien debe darse el nombre más reclamante aragones de Engracia—.

En cuanto a él, Páco el de Fuendetodos, a Franco el Sorordo, bien pronto supo adoptar un pasable ademan cortésano. Superficialmente, claro, si se rasca un poco, aparece el rebelde, en segunda—el pueblerino, el rebelde, el mago.

RETRATOS DE GOYA

Hay retratos «duros» y retratos «blandos»; del espíritu y de la carne. En los unos, el pincel arañó, en los otros, acaricia. El pincel arañó, por Franz Hals, y la Pempador, por La Tour, respectivamente. En las efígies de Francisco Goya, cabe la distinción expuesta. El retrato de Vicente López «quiere ser» un espejo del espíritu; es un retrato «duro». En cambio aquel autorretrato, en que aparece, abierto el traje sobre el pecho, oblicuo, difuminado, es un retrato «blando».

Hay retratos «duros» y retratos «blandos»; del espíritu y de la carne. En los unos, el pincel arañó, en los otros, acaricia. El pincel arañó, por Franz Hals, y la Pempador, por La Tour, respectivamente. En las efígies de Francisco Goya, cabe la distinción expuesta. El retrato de Vicente López «quiere ser» un espejo del espíritu; es un retrato «duro». En cambio aquel autorretrato, en que aparece, abierto el traje sobre el pecho, oblicuo, difuminado, es un retrato «blando».

Hay retratos «duros» y retratos «blandos»; del espíritu y de la carne. En los unos, el pincel arañó, en los otros, acaricia. El pincel arañó, por Franz Hals, y la Pempador, por La Tour, respectivamente. En las efígies de Francisco Goya, cabe la distinción expuesta. El retrato de Vicente López «quiere ser» un espejo del espíritu; es un retrato «duro». En cambio aquel autorretrato, en que aparece, abierto el traje sobre el pecho, oblicuo, difuminado, es un retrato «blando».

Hay retratos «duros» y retratos «blandos»; del espíritu y de la carne. En los unos, el pincel arañó, en los otros, acaricia. El pincel arañó, por Franz Hals, y la Pempador, por La Tour, respectivamente. En las efígies de Francisco Goya, cabe la distinción expuesta. El retrato de Vicente López «quiere ser» un espejo del espíritu; es un retrato «duro». En cambio aquel autorretrato, en que aparece, abierto el traje sobre el pecho, oblicuo, difuminado, es un retrato «blando».

ANTE EL CENTENARIO

SUGERENCIAS GOYESCAS

Este es el único autorretrato en que Goya se pinta desdudadamente; en todos los demás, trinita la preocupación por la indumentaria—el ancho sombrero majó del Goya en traje de torero, el alto sombrero de copa del vulgarizado agudamente—.

Luego hay los retratos en grupo; con el médico Arrieta, a raíz de una grave enfermedad, en una «poses» dramática, casi guti-foliares; y luego cuando en los grupos se retrataba él, desimuladamente como uno más. Así lo hizo Velázquez («El cuadro de las lanzas»). Y así Goya («La familia de Carlos IV»). Se me olvidaba el diseño de Francisco Goya, en el que se parece tanto a aquel contemporáneo suyo, que como él, fué sorordo y fué genio: Ludwig van Beethoven.

De la hora de su muerte nos queda aquel apunada de Rosario Weiss, la niña bien amada del pintor, que le iluminó las horas de la vejez. Goya—¡muerto!—leva un gran gorro anudado a la cabeza. Meyer lo ha hecho notar: Nada mejor que este indumento para poder observar cuanto tenía esta hombre de verdadero, de racial, de típico e inmovible basturro.

GOYA, VALLEADAR

Goya—¡además de tantas cosas!—es, en la avamancha descendencial de nuestra patria, un robusto valladaro. Cuando desoladamente corren nuestros ojos por la curva de la decadencia desentramada, a lo largo de los siglos XVII, XVIII y XIX, Goya se nos arroja como una cumbre de salvación espiritual.

Cuando algún historiador diga que nuestra historia, a partir del siglo XVI, es un descenso irremisible, nosotros podremos interrumpirle, presentándole la figura redentora de nuestra dignidad espiritual. Podremos decirle: mejor, «podremos gritarle»:

—¡Eh, caballerito! Usted habla de nuestro descenso irremisible en estos tres siglos porque no se acuerda de Francisco Goya. Pero no lo olvide usted, caballero: Goya vale muy bien por estos tres siglos!

Hay retratos «duros» y retratos «blandos»; del espíritu y de la carne. En los unos, el pincel arañó, en los otros, acaricia. El pincel arañó, por Franz Hals, y la Pempador, por La Tour, respectivamente. En las efígies de Francisco Goya, cabe la distinción expuesta. El retrato de Vicente López «quiere ser» un espejo del espíritu; es un retrato «duro». En cambio aquel autorretrato, en que aparece, abierto el traje sobre el pecho, oblicuo, difuminado, es un retrato «blando».

Hay retratos «duros» y retratos «blandos»; del espíritu y de la carne. En los unos, el pincel arañó, en los otros, acaricia. El pincel arañó, por Franz Hals, y la Pempador, por La Tour, respectivamente. En las efígies de Francisco Goya, cabe la distinción expuesta. El retrato de Vicente López «quiere ser» un espejo del espíritu; es un retrato «duro». En cambio aquel autorretrato, en que aparece, abierto el traje sobre el pecho, oblicuo, difuminado, es un retrato «blando».

MAS SOBRE EL DONQUJISMO DE GOYA

Declamamos ayer... (ayer: el otro día) cómo de las encarnaciones de Don Juan, Villamediana y Goya, el conde era un Don Juan principesco y magnífico y el príncipe un Don Juan, a la manera del herce valle-incaniano: feo, católico y sentimental.

(Queclaro, ahora, por insistir sobre estos tres caracteres. En lo de feo, no creo que quepa dudar: sus retratos son una buena muestra de que Goya era un Don Juan de muy poca fachada. Lo de católico ya es más difícil. Yo, creo, tampoco, en un catolicismo honro, racial, inmoviblemente arraigado en la parte que de ingenio tenía el espíritu de Francisco Goya. Lo de sentimental, es todavía más peliagudo. Hay que espigar mucho y largamente para hallar entre la rudeza goyesca la nota sentimental, que aparece, quizás más que nada, en los retratos de niños: sobre todo, en aquel de su nieto, Maritiano Goya, cuyos trazos acarian amorosamente los pinceles del abuelo-pintor.)

La hazafia verdaderamente definidora de su donjujismo, que por poco le cuesta caro, tuvo lugar en Roma, en los reventados años de su mocedad. Fué el escudo y rayo de un convento, en pos de la doña Inés del alma suya, que pudo haberse llamado Guada o Pacho, y a quien debió impresionar el recto ademán energético y viril de Francisco Goya.

EL CENTENARIO Y EL PUEBLO

Ya está aquí orinado de clarinadas y garrulades, el Centenario goyesco. No hace mucho, comentando el de Fray Luis de León, que se celebraba también ahora, apuntaba mi desconianza de que llegara al pueblo por no ser, Fray Luis, figura que por su es-tridencia, entre por los ojos. (La Noche, 14 de marzo). Pero Goya, por su naturaleza, por su arte, por su proximidad, debe interesar al pueblo. Aun cuando no pueda dejar de estampar aquí, mi temor de que, para muchos, el Centenario goyesco se redujera a unas corridas de toros, en que los hidalgos lleven en vez del actual, el traje de luces de Pepe-Hillo.

PUNTO

Con esta son veinte las sugerencias que, a lo largo de tres artículos he publicado al acercarse el centenario goyesco. Hago aquí la Prensa de todas partes, no es difícil hallar muchas más. Porque Goya es una figura notablemente sorprendente, quizás como ninguna más. Habéis visto esas ruedas de cristales de colores que se ponen ante los reflectores en los teatros de variedades? Cuando el haz luminoso cambia su tinte, todo en la decoración muestra matices distintos, insospechados. Así cada momento de nuestro espíritu ante la rica silbata de Francisco Goya.

GUILLERMO DIAZ PENA

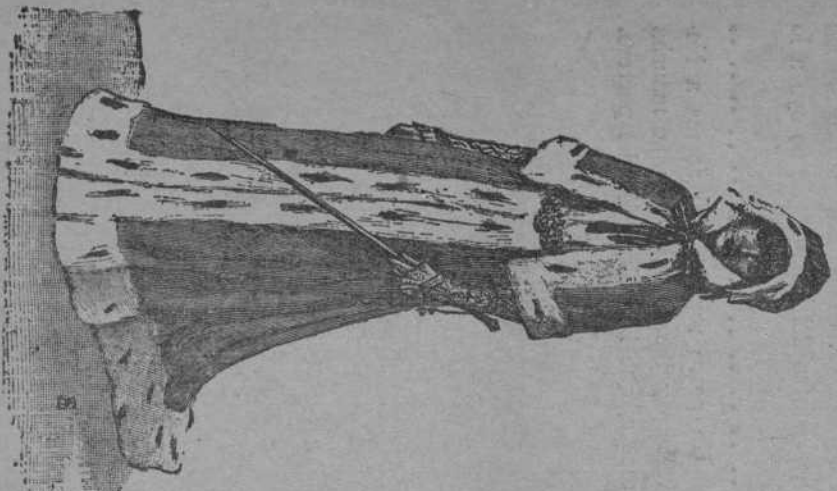
Hay retratos «duros» y retratos «blandos»; del espíritu y de la carne. En los unos, el pincel arañó, en los otros, acaricia. El pincel arañó, por Franz Hals, y la Pempador, por La Tour, respectivamente. En las efígies de Francisco Goya, cabe la distinción expuesta. El retrato de Vicente López «quiere ser» un espejo del espíritu; es un retrato «duro». En cambio aquel autorretrato, en que aparece, abierto el traje sobre el pecho, oblicuo, difuminado, es un retrato «blando».

Hay retratos «duros» y retratos «blandos»; del espíritu y de la carne. En los unos, el pincel arañó, en los otros, acaricia. El pincel arañó, por Franz Hals, y la Pempador, por La Tour, respectivamente. En las efígies de Francisco Goya, cabe la distinción expuesta. El retrato de Vicente López «quiere ser» un espejo del espíritu; es un retrato «duro». En cambio aquel autorretrato, en que aparece, abierto el traje sobre el pecho, oblicuo, difuminado, es un retrato «blando».

Hay retratos «duros» y retratos «blandos»; del espíritu y de la carne. En los unos, el pincel arañó, en los otros, acaricia. El pincel arañó, por Franz Hals, y la Pempador, por La Tour, respectivamente. En las efígies de Francisco Goya, cabe la distinción expuesta. El retrato de Vicente López «quiere ser» un espejo del espíritu; es un retrato «duro». En cambio aquel autorretrato, en que aparece, abierto el traje sobre el pecho, oblicuo, difuminado, es un retrato «blando».

Hay retratos «duros» y retratos «blandos»; del espíritu y de la carne. En los unos, el pincel arañó, en los otros, acaricia. El pincel arañó, por Franz Hals, y la Pempador, por La Tour, respectivamente. En las efígies de Francisco Goya, cabe la distinción expuesta. El retrato de Vicente López «quiere ser» un espejo del espíritu; es un retrato «duro». En cambio aquel autorretrato, en que aparece, abierto el traje sobre el pecho, oblicuo, difuminado, es un retrato «blando».

JOAQUÍN BAS GICH

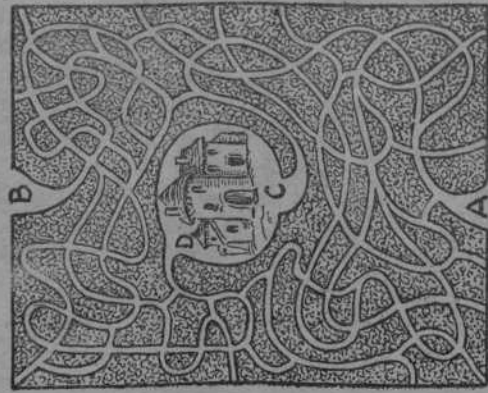


El por qué de las cosas

¡CUAL ES LA LETRA PRIMERA QUE PRONUNCIAN LOS NIÑOS?

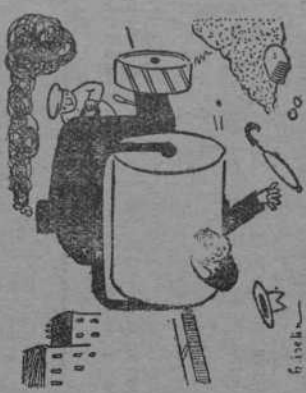
La letra A es la que con menos esfuerzo se pronuncia, hasta tal punto, que ha habido quien sostiene que se puede modular su sonido sin tener lengua, dientes ni labios. La letra A es, pues, la primera emisión natural de la voz humana, la que lanza el

ROMPECABEZAS



Es preciso partir de A, pasar por C y salir por B. ¿Conseguiréis acertarlo?

niño antes que otra alguna, la que sale de los labios del hombre para expresar las manifestaciones emotivas más distintas.



—Ahora me acuerdo de que mi papá me encargó que comprase un pisa-papeles.

Voltaire decía que era una letra sagrada por ser la primera. Covarrubias afirmaba que los niños pronuncian antes que otra alguna la letra A

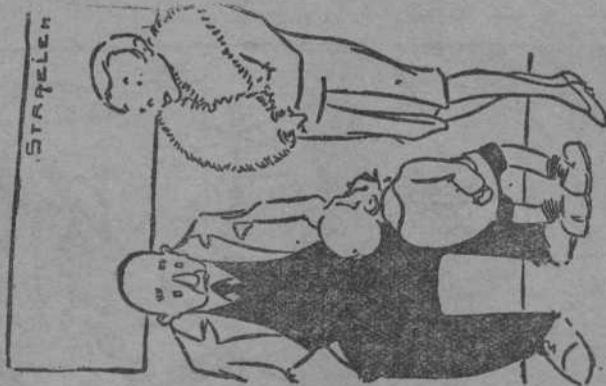
ROMPECABEZAS



Juanito ha perdido su perro ¿dónde estará?

por ser la inicial de Adán y que por eso las niñas pronuncian primeramente la E con la que principia el nombre de Eva. Como puede observarse, la razón, no por ser ingenua, es menos falsa.

Lo que desde luego puede afirmarse que es la letra que entra más frecuentemente en la composición de las palabras.



—¿Por qué lloras?
—Porque el maestro se nos puso enfermo...
—¿Y ha muerto?
—No. Ya está curado.

¿ES MUY ANTIGUO EL CONOCIMIENTO DE LOS COLORES SIMPLES?

Los sabios de la antigüedad reconocieron ya la existencia de colores simples, de cuya combinación resultaban todos los demás; pero ninguno de ellos admitió en dicha categoría el número de colores que hoy se admite.

Empédocles, por ejemplo, habla sólo de cuatro colores: blanco, negro, encarnado y verde claro; por consiguiente en su época sólo se conocían dos de los verdaderos colores del prisma, considerándose el azul como una derivación de los ya citados. Demócrito sólo admitía cuatro colores primitivos de cuya combinación resultaban los de-



—¿Quieres un caballo, un tambor...?
—Pero mamá, ¡Eso es bueno para chiquillos!

más: el azul y el verde eran para él variantes del negro.

En concepto de Aristóteles sólo había dos colores elementales, el blanco o claro y el negro u oscuro, y la mezcla de éstos producía todos los demás. Tan curiosa teoría es por lo menos plausible desde el momento en que indica una tendencia a la simplificación de los fenómenos naturales.

En el Antiguo Testamento se mencionan cuatro colores prismáticos, tres de ellos muy frecuentemente, y el cuarto, que es el amarillo, sólo cuatro veces, tres en el Levítico, hablando del pelo, y una en los Salmos, refiriéndose al oro.



—Yo veo a un chico que pega a un borracho, y lo impido. ¿Cómo se llama esta acción?
—Fraternidad, señor maestro.

LAS PERLAS

Las perlas han formado siempre parte de los tesoros más preciosos, y su valor no ha sido tan sólo el real, sino el que le ha dado la poesía, la leyenda y la rareza de algunos ejemplares.

Lo mismo en Oriente que en Occidente, su prestigio es antiguo y bien cimentado; los salvajes más ignorantes y las damas más civilizadas estiman con iguales entusiasmos a los ricos globillos de nácar con que gustan adornarse.

Se cuenta de Cleopatra, que deseando sobrepasar en fasto a Marco Antonio, le convidó a un banquete a cuyo final, arrancándose de uno de sus pendientes una perla de extraordinaria belleza, la echó en una copa de vinagre de gran fortaleza, bebiéndose después el vinagre en el que la perla se había disuelto, provocando con ello la cólera de Marco Antonio. Como prueba del gran valor de aquella perla, se afirma que la compañera, del otro pendiente, vino más tarde a poder de Agripa, que la hizo partir por la mitad para dar un par de aretes a la estatua de Venus, en el panteón. El hecho de haberse disuelto la perla en el vinagre, del cual hablan los historiadores, no solamente en este caso, sino en el de los banquetes de Heliofróbal, Caligula, etcétera, nos resulta comprobado por los experimentos científicos actuales, sin embargo, forzoso es suponer que acaso el vinagre de aquellos tiempos tenía un mayor poder disolvente que el usado en los experimentos, pues éste sólo atacó la parte exterior de la perla.

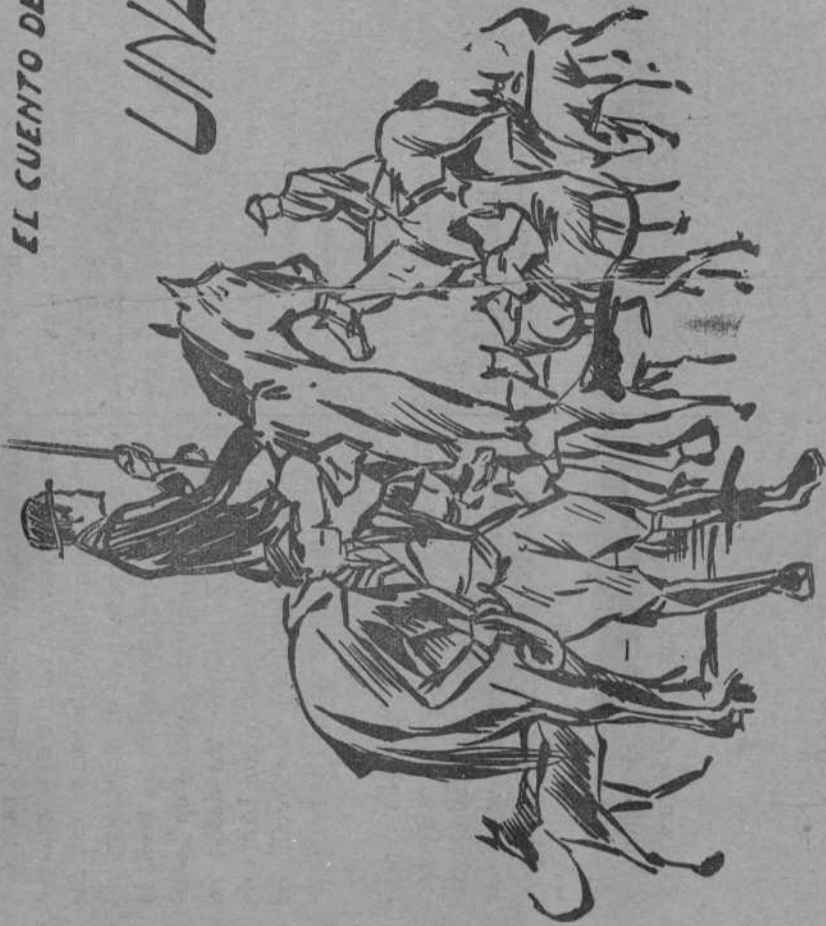
Puede ser también que la poesía y la leyenda hayan enmendado la plena a la ciencia, lo cual no sería absolutamente extraño. El poder de la imaginación es infinito.

EL CUENTO DEL DOMINGO

UNA JORNADA

POR

PEDRO BARRAGAN



LA MAÑANA

Camina la rehala ladradora. Los perros, impacientes, tiran de la cadena que los atrailla por parejas. Es aquello un disciplinario de canes. Los incorregibles, los mordedores, los falsos, los forzados de la grey perruna, forman la rehala. Muchos tienen en la sarnosa piel las señales de las dentelladas de los jabalíes.

Siguen a «Novajiches», el perrero, pequeño, renegrido, edad indefinible, vestido con una chaqueta de cuero lo mismo que los zahones: ambas piezas de tanto «escurrir el monte» y aguantar el sol y el agua están bruñidas como si fueran de acero. Cubre su cabeza de fétiche una montera de piel. De una correa en bandolera cuelga la cuerda hecha con un asta de toro y abrazaderas y embocadura de metal. En el lado opuesto el cuchillo de monte penado de trágico. El trazo duro del retazo le cruza la espalda. Anda como un lobo, abriendo un compás de piernas desmesurado para su estatura.

Franquean la rehala los ojeadores que han de batir el monte. Calzan abaracas hechas con trozos de caucho de las cubiertas de las ruedas de los automóviles. Visten de análoga manera que el perrero. Son gente elástica, redondas como si se filtraran a través de ellas.

Llega la tropa a un puerto. Han hecho alto un momento y todos, hombres y animales, callan como un ejército que se hace cargo del enemigo que ha de batir. Ante ellos se extiende en sucesivas gradaciones de color, pequeños montes que parecen hinchadas olas de aquel mar esmeralda, que cubre el verde azul y se funde con violeta en la serranía que con el acorde de las calvas de tierra rojiza tienen los cambrantes del récar.

Han saltado los perros que ladran lanzando al aire una nota sonora que se ha remontado en el cielo azul como un halcón, ha descrito círculos invisibles que se han ido ensanchando hasta apagar en la lejanía.

Se extienden en ala los ojeadores. El ladrar de la jauría y los gritos de los hombres han llenado el monte de sonidos. Avanzan, haciendo huir venados, jabalíes, las alimañas todas, en la dirección del aire, donde el marqués de Losanje, sus invitados y los «escopetas negras», aguardan emboscados en los macizos de madroña.

LA TARDE

Hace tanto calor que en el cielo hay una calma gris por donde parece tomarse fuego. El aire recalentado vibra; através de él hasta las piedras y las ve latir. Los oídos zumban y los ojos se cierran.

Los árboles proyectan una sombra dura e intensamente morada. Todos los matices del campo se han fundido en una luz amarillento-rojiza.

Bajo un alcornoque están sentados los cazadores. Son hasta una veintena, entre «señores», guardas, ojeadores y escopetas negras. Arrimados a una estrecha sombra de una cerca, los perros jadean. Las caballerías, amanilladas ronean, mientras se asean los tábanos y las moscas con la cola.

Han sido consumidas todas las provisiones que habían sido sacadas de las agnaderas de los mulos. Esparcidos por el suelo hay gran número de botallas, unas vacías y otras llenas, más abundan las vacías que las llenas. Dos botellas de vino, que parecen brevas enormes, cuelgan de las brancas del alcornoque.

El marqués de Losanje, tirado en el suelo cuan largo era, y era buen mozo puesto de pie, y con la chaqueta doblada debajo de la cabeza, dormitaba boca arriba. El sombrero cordobés de ancha ala lo tiene echado sobre la cara. Se ha quitado las polainas y con las piernas al aire tiene un aspecto ridículo.

Junto a él, apoyada en el tronco del árbol, con los ojos provocativamente entornados mitad por el champagne, mitad por la coquetería, está la condesa de Atabeles. Tiene el pelo cortado, que

anduvo en tratos con el óxigeno. Mon-
ta una pierna sobre la otra para in-
citar; sabe que tienen una irreprocha-
ble línea.

Aquí y allá, sentados en el suelo,
unos, otros sobre las sillas que han si-
do quitadas a los caballos, están el vi-
conde de Pozosoco, delgadito, apere-
minado, mirada aviesa, y con una na-
riz brillante en la que el herpetismo,
lo mismo que en los pómulos, puso una
nota carminea. Cada vez que fuma tie-
ne especial cuidado en echar el humo
a una boquilla de pata de liebre que
se ha propuesto «colotar» antes de vol-
ver a Córdoba: esto le tiene muy pre-
ocupado. El cura de Alfares, con tipo
de guerrillero, seco, cebrino, viste un
mugriento y encogido traje de dril al
que en parte oculta unos magníficos za-
hones de piel de becerro. En la cabeza
lleva un sombrero de felpa en que el
calor negro viró a un hermoso rojo-
castaño.

El notario, don Juan de la Cruz, que
siempre se siente jovial e ingrátido a
pesar de sus cincuenta años bien cum-
plidos, está a horcajadas en una rama
del alcornoque y con sus cortas extre-
midades abdominales, pernea en un ma-
reante vaivén.

El truhán, el vaquero, quemá la san-
gre a Novaliche, a quien le brillan los
ojos como una faja. Tiene éste una in-
tintiva y recordita antipatía hacia el
otro.

La presencia de la de Atabales, aci-
cata al vaquero que quiere llamar su
atención y azora al perrero, que tiene
una timidez de animal maltratado.

—Añirese, zoté, señorita, a éste le
fizo crear un pescadero, que jabía ven-
dido una vez, pescado asado de un jinca-
dio que había jabío en la mar. Y que
jabía un peazo de mar de barbecho que
daba sentimiento...

En medio de la algarabía producida
por la chocarrería del Truhán, y los
granzidos del notario colgado en la ra-
ma, masalla el perrero:

—Bueno está lo bueno, zi esto le gus-
ta a la zeñorita, yo, que soy mi ugs-
toso de jacer el gasto a mi costa. Es
mi grazioso er niño, y a pinturero y
charrazor no hay quien le jeebe el pie
alante.

—Vaya, dejar en paz a Novaliche!
—interviene maligno don Juan de la
Cruz—dejar en paz a Novaliche, que
ahí donde lo ve usted, marquesa, más
de una moza anda perdida por sus he-

churas. Y, si no, que lo diga la hija
del aporador del corfijo de los Ber-
chales.

—Que se cuente, que se cuente—
pide el vizconde oliendo alguna histo-
ria escabrosa y despiadada, su especia-
lidad.

Debajo del sombrero de Lorranje sa-
len unos grunidos, que los más enten-
didos en el lenguaje del marqués, tra-
ducen:

—¡Caballeros! cualquiera pega aquí
un ojo con esta zaragata. ¡También es-
tá usted despaçoi! a usted le digo Ra-
quel—la de Atabales le llaman Raquel
—para estar escuchando estas asne-
rias.

—¡A callar!—contesta con cómica
energía la interpelada—. Vuélvase del
otro lado y apague la luz.

—Viene esa historia o no viene?



—Que la cuenten, que la cuenten—
piden con soniquete del grupo de la
gente de albarca algunos de los cuales
estaban a medios pelos—. ¡Una mirada
del cura los reduce al silencio.

Novaliche, más que pálido de rabia,
está verde. Aquella historia, una his-
toria laceraante aún para su corazón
toso, soltada a modo de diversión en
medio de un corrio, le ciega.

En el fondo, una historia vulgar: el
desliz de una guapetona y codiciada
cortijera, con un adorador inocente. El
coqueteo con Novaliche, inocente, para
tapar la falta, combinación que se es-
tropsea, por desgracia para la interce-
da, y suerte para el perrero. Nada
nuevo en tootal.

Entre las pantochas, puyas y bur-
las ninguna exacepta a Novaliche, co-
mo las que proceden del Truhán. Aque-
lla apostura «marquesa» y provocativa
del gupao mezo le pone frenético. Pro-

cura aparentar serenidad, y para ello
nada le sugiere su calere como ponerse
a hacer un cigarro. Ha sacado con ca-
chaza la sebosa petaca, y después de
darle dos o tres golpecitos, ha hecho
una porción de negro tabaco en la ca-
llosa mano, de amarillentos dedos, no
sin antes haberse puesto una hojita de
papel en los labios. Un temborcillo de
estos le imprimen un casi impercepti-
ble movimiento de aquella...

—Dejar ya a Novaliche—ha repeti-
do con coquetería la rubia oxigenada
de Atabales—, vengase a mi lado, y pa-
ra que rabien esos picaros le voy a dar
una copa de champagne. Y malévola,
despiadada, le ha alargado su misma
copa después de poner en ella los la-
bios mirando insinuante al vaquero.

—Y, déj—braman los dignos asis-
tantes.

—Siempre has tenido mucha suerte
con el mujerte!

—¡Zeñorita, si me da usted un zortbi-
to, me como el vaso indempusé!

—Señora marquesa, en su copa me
bebía yo, derrotó, el bocazo de mi po-
trol!

—Allego dirás, perrero, allego di-
rás.

—¡Si da uzlé antes un trago me be-
bo yo el Guadaluquivil!

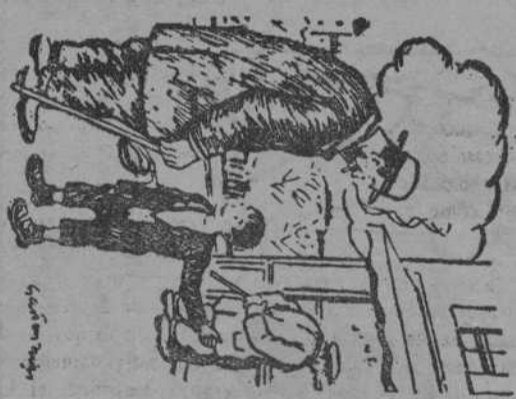
—Quiere usted darle ya a estos bár-
baros, solimán o cuatro tiros—, largó
el marqués siempre humanitario, des-
peranzándose después de haberse puesto
en pie.

—Se acabó—intervino el cura siem-
pre de acuerdo con Losanje—. Si se ha
de echar otro ojo, hay que abreviar
en recoger todo esto, ¡al avío! Actua-
ha siempre de montero mayor y en su
doble aspecto de clérigo y de cazador
no había quien le replacase.

De todo un poco

En la isla de Zanzibar crece un coco muy
diferente del que nosotros comemos. Tie-
ne una capa muy delgada de pulpa y está
casi lleno de leche, la cual suministra a los
nativos una bebida muy codiciada, tanto
antes como después de fermentarla.

Un acrobata americano hizo una apuesta
con un atleta de Viena. Le aseguró que no
podría resistir la caída de cinco litros de
agua, gota a gota, en un mismo punto de
la mano, desde un metro de altura. El ate-
ta, creyéndolo la cosa más fácil del mundo,



—Tenga piedad de un pobre ciego.
—¿Dónde está?
—Allí, viendo los escaparates...

Cuando habían caído ya trescientas gotas
sobre la mano del atleta, su cara se puso ro-
ja, dando muestras de un gran dolor; a las
cuatrocientas veinte gotas quitó la mano,
diciendo que no podía resistir más tiempo
la tortura.

Se le observó que tenía la palma de la
mano toda inflamada; el pellejo había des-
aparecido dejando la carne al descubierto.



—¿Qué dice mi nene cuando le dan un bom-
bon?
—¡Déjale otro!



El sueño de un chiquillo aficionado a libros de aventuras

Con el ejemplo de esta apuesta, es como
mejor queda demostrada la fuerza del
agua.

Los romanos tenían dos clases de estur-
fas: una consistía en hornos subterráneos,
que por medio de unos conductores comu-
nicaban el calor a las habitaciones, y la
otra en estufas portátiles para colocadas
donde se quería.

Sin embargo, es de presumir que las es-
tufas, cuyo uso es tan común sobre todo
en las cimas frías, deben su origen a los
habitantes del Polo Norte.

En 1686, Mr. Delesme inauguró una nue-
va estufa, en la que una corriente de aire
bien dirigida, forzaba al humo a descender
al brasero y a convertirse en lluvia.

Posteriormente, Mr. Vicente, de Montipe-
tit inventó, hacia el año 1770, una estufa
hidráulica muy económica y saludable; y
así se han ido descubriendo hasta llegar a
las que ahora usamos.

comocen por el nombre de cementerio del
Atlántico; a consecuencia de los muchos
naufragios en ella ocurridos.

Los barberos de Suecia usan palmarans
en sus cuiles el cliente se lava la cara sin
que ellos tengan que tocársela.

En el fondo de estos recipientes, hay un
resorte y al tocarlo salta un manantial de
agua limpia, que lava perfectamente la ca-
ra y se lleva todo el jabón.

En muchos sitios se produce este metal
tan precioso que toma el nombre de oro,
pero los principales países productores de
él son:

Natal, en 1924 por valor de mil doscien-
tos millones de pesetas.
Estados Unidos, por valor de trescientos
millones de pesetas.
Canadá, por valor de ciento cincuenta
millones de pesetas.



—¿Por qué llegas tan tarde a clase?
—Es que papá me ha necesitado.
—¿Para un encargo?
—No. Para darme unos azotes.